

Crisis metropolitana, especialización económica y nuevas relaciones espaciales en México

PATRICIA ARIAS ✦

La crisis económica y el cambio de modelo de desarrollo han generado nuevos impulsos —como también nuevas limitaciones— para el desarrollo de las diversas regiones, situación que pone en evidencia la espacialidad de los procesos económicos y sociales, la temporalidad de los modelos de desarrollo. El artículo busca mostrar la manera en que nuevas diversidades han comenzado a imponerse en los paisajes urbano y regional. Heterogeneidad y diversidad que han dado lugar a dos formas paradójicas de relación sociospacial: por una parte, comunidades contiguas que funcionalmente poco tienen que ver entre sí en las áreas metropolitanas y, por otra parte, comunidades distantes pero funcionalmente similares como las localidades especializadas.

A la memoria de
Luis Arturo Velázquez

La década de los ochenta será recordada, entre otras muchas cosas, como un período clave de las transiciones que construyeron los escenarios nacional y regional de fin de siglo. Dos transiciones parecen haber sido particularmente importantes: por una parte, la transformación, lenta y tormentosa, en el ámbito del poder y la política y, por otra, el cambio rotundo del modelo de desarrollo en que

✦ CEED/Universidad
de Guadalajara



había transcurrido la economía mexicana durante casi medio siglo. En términos económicos, la década pasada fue especialmente confusa. Hoy, con la indudable ventaja que da el paso del tiempo, se puede decir que los intensos cambios socioeconómicos que se suscitaron entre 1980 y 1990 correspondieron a dos escenarios sucesivos, casi entreverados en el tiempo, pero de carácter distinto: el primer lustro de la década —1980-1985— que puede ser entendido como el del impacto social de la crisis económica, pero todavía dentro del modelo de desarrollo basado en la sustitución de importaciones. El del segundo lustro, en cambio, corresponde al de la puesta en marcha de un modelo de desarrollo basado en la apertura de la economía, la competencia, la globalización de todos los factores de la producción. Es decir, de una economía que ha comenzado a transitar hacia un nuevo esquema de desarrollo. Por si fuera poco, hacia el fin de la década entró a escena un actor adicional que era un correlato del cambio de modelo: la apertura, al principio bastante indiscriminada, de la economía nacional al mercado internacional, proceso que dio lugar, como todos sabemos, a la firma del TLC.

El cambio económico ha acarreado, por primera vez en muchas décadas, una transformación rotunda de la organización del espacio y la jerarquía urbana, ámbitos que durante mucho tiempo aparecieron como compañeros naturales del desarrollo. Quizá desde el porfiriato y la llegada del ferrocarril no asistíamos a una reordenación tan drástica de la geografía nacional. Una característica central y trastornadora de esta etapa ha sido que los flujos de toda índole ya no se dirigen, como antes, de manera unívoca hacia la gran ciudad, hacia nuestras inevitables metrópolis del D.F., Guadalajara y Monterrey.

De este modo se puede decir que, en el nuevo modelo de desarrollo, existen nuevos impulsos —como también nuevas limitaciones— para el desarrollo de las diversas regiones que conforman el territorio nacional. De cualquier modo, unos y otros son la evidencia de que hay en marcha una profunda redefinición territorial que descubre, quizá con mayor nitidez que nunca, la espacialidad de los procesos económicos y sociales, la temporalidad de los modelos de desarrollo. Así las

cosas, la centralización industrial puede verse entonces como parte central del modelo de desarrollo que estuvo vigente en México desde los años cuarenta hasta principios de los ochenta. No menos, pero tampoco más. Porque hoy, ante la puesta en marcha de un nuevo esquema de desarrollo, vemos surgir un ordenamiento territorial que habla de relaciones espaciales, económicas y sociales que han modificado la vieja distinción funcional entre el campo y la ciudad, la jerarquía urbana, la ubicación de las actividades productivas, los vínculos entre las ciudades y entre ellas y sus regiones. Fenómenos dinámicos y complejos que, por lo pronto, han dado lugar a nuevos escenarios regionales y al surgimiento de procesos socioespaciales novedosos en un contexto de intervención estatal que es también inédito. Fenómenos que, a fin de cuentas, hablan de articulaciones nuevas y también de desarticulaciones económico-espaciales inesperadas.

II

Auge y crisis del ordenamiento urbano del
modelo de sustitución de importaciones. 1940-1980

Hoy por hoy es posible reconocer que la organización espacial centralizada en unas cuantas ciudades que se transformaron en las impresionantes metrópolis de México, Guadalajara y Monterrey fue el resultado —quizá una fase necesaria— del modelo de desarrollo nacional que persistió por más de cuatro décadas: una centralización política, económica y cultural acelerada que volvió urbanos a miles de compatriotas que huyeron de la precariedad agropecuaria, del desencanto agrario, de la extinción de recursos y quehaceres rurales que no pudieron competir con las flamantes manufacturas de la gran ciudad, de la limitada y muchas veces sofocante educación provincial. Migración y urbanización que dejaron huérfanas de recursos humanos y, por lo mismo, de dinamismo social y económico a innumerables rancherías, pueblos y ciudades de casi todos los rincones de la geografía nacional.

De hecho, entre 1940 y 1980, las ciudades de México, Guadaluja-



ra y Monterrey experimentaron los crecimientos demográficos más dramáticos de su historia (Alba, 1977; Arroyo, Winnie y Velázquez, 1986; Vázquez, 1989). Crecimientos que, hasta la década de 1970, lograron ser más o menos asimilados por un desarrollo económico que, aunque desigual, logró, mal que bien, emplear a muchos de los que se integraban a las filas de los y las trabajadoras urbanos e incluso a los rústicos que llegaban cada día a trabajar a la gran ciudad (Arizpe, 1978; García y de Oliveira, 1990; Pedrero y Salas, 1990).

Como sabemos, la concentración demográfica tuvo que ver con la centralización del empleo, sobre todo, manufacturero. El apoyo estatal al proceso de industrialización, en especial a la gran empresa, aglomeró en esas tres ciudades mayores la infraestructura y los servicios que requerían las actividades industriales de ese tiempo, de ese modelo: terrenos extensos que dieran cabida a enormes naves industriales y multitud de trabajadores; aprovisionamiento de agua e insumos industriales provenientes de PEMEX y otras grandes empresas; redes eléctricas, telefónicas y acceso expedito a las principales rutas que comunicaban con los distintos rumbos del mercado nacional en plena etapa de crecimiento y consolidación. En general, como ha mostrado Gustavo Garza, a mayor centralización, hubo mayor concentración territorial. En 1970 en la ciudad de México se dio el mayor índice de centralización absoluta y de concentración de industrias de bienes de capital, de bienes de consumo duradero y de bienes de consumo inmediato (1985: 226).

El dinamismo fuertemente centralizado del empleo estimuló un tipo especial de movimiento migratorio: el desplazamiento campo-ciudad de carácter definitivo, sin retorno. Como sabemos, entre las décadas 1940-1980, la población del campo buscó trasladarse y establecerse en las metrópolis. Esta situación acarreó, primero, la densificación del área central de las grandes ciudades y, más tarde, el crecimiento de enormes colonias populares en la periferia, situación que expandió la mancha urbana y volvió urgente e infinita la dotación y ampliación de los servicios básicos (Graizbord, 1992; Vázquez, 1989; Wario, 1991). En una primera fase, es decir, entre 1950 y 1970, la localización de las industrias en el nororiente del

Distrito Federal, la construcción de las carreteras México-Querétaro, México-Puebla y México-Pachuca orientaron el desplazamiento de la población trabajadora hacia lo que podríamos llamar una primera franja de municipios del oriente del estado de México: Atizapán, Ecatepec, Naucalpan, Netzahualcóyotl, Texcoco, Tlalneplanta, lo que se conoce como Zona Metropolitana del Valle de México (Cadena, 1995; Sandoval, 1995) (Cuadro y Mapa I).

Pero todo esto ha cambiado. Como bien señala Gustavo Garza, en el lustro 1980-1985, la ciudad de México “experimentó, por primera vez desde 1930, una reducción absoluta de sus empresas industriales de 38.4 a 33.1 miles, que fue más acentuada que la del país en su conjunto” (1990:5). Situación que se reflejó, de manera dramática, en el decrecimiento del personal ocupado que se redujo de 1.1 millones a 844 mil en el mismo período (1990: 6). A partir de entonces, la sucesión infinita de crisis de diverso origen tecnoeconómico, pero similar impacto social, convirtió a cada vez más sectores populares urbanos en desempleados, trabajadores ambulantes, obreros a domicilio, operarios y empresarios de la economía subterránea o informal. La reducción del empleo metropolitano impactó el crecimiento demográfico en las grandes ciudades. Los augurios de tasas de incremento apocalípticas se toparon con que las tres metrópolis centrales del país habían dejado de crecer al ritmo que se proyectaba. El ejemplo de Jalisco es elocuente. En la década 1980-1990, Guadalajara, su centralizadora capital, creció apenas 0.15%. En lo que va de la década actual, la urbe tapatía experimentó, por primera vez en su historia, un crecimiento negativo: —1.18% entre 1990 y 1995 (Inegi, 1996). Sólo para recordar hay que decir que, en las décadas 1940-1980, el crecimiento tapatío fue de 4.86%, 6.89%, 5.13% y 2.98%.

Parecería que en el nuevo modelo de desarrollo varios de los factores tradicionales de localización manufacturera han empezado a parecer reminiscencias, cuando no francamente obstáculos, para los requerimientos industriales de ahora. En el contexto de producción y trabajo del modelo actual, la pequeña empresa de organización y producción flexibles, bien relacionada y fácilmente comunicada con la gran ciudad, ha podido prosperar en poblaciones menores (Arias,



1992). Allí los pequeños empresarios pueden vivir y trabajar en espacios acogedores desde el punto de vista social y laboral. En las colonias o pueblos de ciudades menores los hijos pueden crecer y convivir sin sobresaltos, en un contexto de menor regulación estatal y de abundancia de trabajadores baratos. De este fenómeno se ha nutrido sin duda la diversificación y especialización económica de ciudades como Aguascalientes, Irapuato, Moreleón, San Francisco del Rincón y localidades pequeñas como Villa Hidalgo y Zapotlanejo en el estado de Jalisco y Santiago Tangamandapio en Michoacán (Arias, 1992; Wilson, 1990). Este intenso proceso de cambio económico ha sido sin duda la expresión de las diversas maneras en que las sociedades de las ciudades medias y pequeñas enfrentaron las modificaciones macroeconómicas que ha vivido el país y que afectaron de manera rotunda e inevitable la vida y la dinámica de las regiones. Por primera vez después de varias décadas parecería que la gente del campo decidió que, en vez de irse a la ciudad, había llegado el momento de transformar sus pueblos en ciudades.

Frente a estos procesos de cambio regional, varios de los recursos tan arduamente centralizados —instalaciones, estímulos— en las metrópolis han perdido vigencia frente a los nuevos requerimientos de las actividades que concentran el dinamismo industrial de este tiempo. Situación que ha hecho posible, por ejemplo, empezar a destacar y tomar en cuenta el impacto ambientalmente deteriorante de muchas industrias en la gran ciudad; a evaluar de manera positiva las posibilidades de vida y trabajo fuera de las metrópolis.

De este modo, hoy podemos decir que la imagen tradicional y depresiva de las ciudades media y pequeña fue el resultado del papel subordinado que tuvieron durante todo el largo proceso de sustitución de importaciones. En verdad, ese espacio de vida y trabajo fue uno de los más afectados por la puesta en marcha del desarrollo centralizado que estuvo vigente hasta la década de 1980. Esto ha cambiado mucho en los tiempos recientes. El surgimiento de fenómenos de cambio económico y político con base en las ciudades medias y pequeñas ha modificado la jerarquía urbana tradicional para dar paso a un fenómeno mucho más complejo de especializaciones econó-

mic urbano-regionales. Como quiera, la organización espacial que hoy por hoy se perfila habla de nueva cuenta de diversidad entre las regiones.

III

El ordenamiento territorial hoy. Diversidad y especialización urbano-regionales.

Una mirada terriblemente rápida a la diversidad urbana-rural nacional descubre la persistencia renovada de tres grandes franjas de organización del espacio nacional. Por una parte, las ciudades del sur del país, muchas de ellas viejas capitales estatales y algunas otras donde todavía se cumple el esquema clásico: la ciudad articuladora y subordinadora de un espacio regional rural, en varios casos, indígena. Es decir, la ciudad comercial y de servicios que sirve de centro rector de zonas de refugio, donde el mapa de la memoria colectiva sigue recorriendo casi los mismos caminos de la época colonial. Ciudades como Oaxaca o San Cristóbal de las Casas son los inevitables ejemplos de este modelo.

En el caso de las ciudades del sur del país no parece haberse dado la integración de nuevas actividades económicas a los centros urbanos comerciales y de servicios. Allí la urbanización se ha dado más bien por la aparición de sucesivos núcleos de población especializados que han respondido a fases sucesivas de las vanguardias del desarrollo de cada tiempo: ciudades articuladoras de economías de plantación, urbes petroleras que hoy, ante los embates del nuevo modelo económico y político, han empezado a languidecer. Quizá la modalidad de desarrollo que ha cobrado más vigencia en la región sur es la de la ciudad o microrregión turística: Cancún y Cozumel en Quintana Roo, Huatulco en Oaxaca, en ambos casos, estrechamente ligadas a redes internacionales de turismo (Ramírez Velázquez, 1992).

En el otro extremo está, desde luego, el nutrido y cada vez más poblado collar de ciudades medias de la frontera norte: Ciudad Acuña, Ciudad Juárez, Matamoros, Mexicali, Nuevo Laredo, Piedras



Negras, Reynosa, Tecate, Tijuana (Rocío Barajas y Aarón Fuentes, 1994). Salvo Mexicali y Tecate, se trata de economías muy urbanas o, más bien dicho, casi exclusivamente urbanas, donde no existen relaciones con microrregiones rurales. Como sabemos, cada una de las ciudades de por allí está indisolublemente ligada a la economía industrial internacional y casi no existen vinculaciones efectivas entre ellas mismas. Que sea mucho más fácil y barato ir de Ciudad Juárez a Tijuana vía Estados Unidos es una buena muestra de cómo andan las relaciones interurbanas en la frontera norte. Algunas ciudades mantienen además un muy peculiar papel turístico: Tijuana y Ciudad Juárez son centros de diversión de los militares estadounidenses estacionados al otro lado y, en general, de una población que cruza la frontera con propósitos específicos.

Las ciudades del centro y occidente del país son parte de otra historia. Para restringirlo a la región occidental, se puede decir que en la trayectoria de varias de ellas se reconoce el impacto de una fase previa de “modernización”, inexistente, por diversos motivos, en los otros dos casos. Varias, en verdad muchas poblaciones del centro-occidente recibieron los impulsos del porfiriato que, a través del ferrocarril que atravesó la región en tres direcciones, las vinculó externa e internamente en torno a las ciudades de México, Guadalajara y, en menor medida, a la frontera norte. De allí surgió una primera fase de especialización manufacturera y de sistemas de comercialización en relación sobre todo al mercado nacional: la fresa congelada de Irapuato, los sombreros de San Francisco del Rincón, los zapatos de León, los bordados de Aguascalientes.

Este proceso de especialización productiva fue sometido a duras presiones durante el largo período de sustitución de importaciones. Algunas, en verdad muchas actividades desaparecieron frente al embate de productos metropolitanos baratos y novedosos, pero otras persistieron, aunque de manera nada espectacular y, sobre todo, discreta. Pero desde fines de los años setenta, la especialización productiva no sólo cobró dinamismo en ciudades donde había persistido, sino que además conquistó nuevos espacios microrregionales, incluso cada vez más ciudades de pequeña y mediana talla (Arias, 1992).

De este modo, hoy podemos hablar de por lo menos cinco modalidades de ciudades medias y pequeñas en esta región: manufacturera, pecuaria, agrícola y turística; modalidades que expresan diversas maneras de integración posible en la nueva división del trabajo nacional e internacional. Persiste, por supuesto, la ciudad comercial, clásica del viejo modelo de industrialización y urbanización, pero ésta es y será seguramente la menos dinámica.

Se trata de ciudades altamente especializadas, es decir, donde existe una actividad central, de pequeña o gran escala, en torno a la cual se organizan y dinamizan los demás quehaceres de la ciudad e incluso de la región circundante, independientemente de las fronteras políticas que separan municipios, que dividen estados. Hoy por hoy, estas actividades especializadas han comenzado a dar lugar a configuraciones socioterritoriales identificables, coherentes y significativas para la actuación de los actores sociales locales.

La Piedad en Michoacán o Tepatitlán en Jalisco son excelentes ejemplos de ciudades especializadas, en este caso pecuarias, que definen el perfil de sus ciudades y sus regiones. Las casi 300 granjas de cría y engorda de puerco que existían en La Piedad a fines de la década de 1980 y que generaban alrededor de un millón de puercos al año, estimulaban la producción de alimentos no sólo en su propio estado, sino en el Bajío de Guanajuato, donde los porcicultores financiaban y compraban cantidades infinitas de sorgo para esos insaciables puercos que había que hacer engordar y enviar al mercado lo más rápidamente posible. Pero además, la cría y engorda de puercos requerían de lugares e instalaciones especiales, atención médica, alimentos especializados, medicinas, transporte, requerimientos que habían dado lugar al surgimiento y expansión de una serie de servicios especializados en abastecer las necesidades de esa ganadería industrial. Al mismo tiempo, las y los trabajadores de la región estaban familiarizados, es decir, socialmente calificados, en el trabajo con ese tipo de animales. Algo similar sucedía en Tepatitlán, ciudad de la región de los Altos de Jalisco, especializada en la producción de huevo y pollo donde se producen las dos terceras partes (80%) de las necesidades jaliscienses de huevo. En 1990, Zaragoza Vargas (1991)



calculaba que la actividad avícola generaba más de la mitad (58.5%) del valor de la producción anual del municipio. El dinamismo de la actividad pecuaria ha garantizado la continuidad endógena del modelo y ha permitido la incorporación de nuevas actividades y grupos sociales a la vida económica y social local (Cabrales Barajas, 1992).

Quizá el modelo más difundido en la región sea el de la ciudad manufacturera especializada en prendas de vestir. La ciudad de Aguascalientes y Jesús María en Aguascalientes; poblaciones jaliscienses como Atotonilco el Alto, Ayotlán, San Miguel el Alto, Tepatitlán, Villa Hidalgo y Zapotlanejo; guanajuatenses como Irapuato, León, Moroleón y San José Iturbide; michoacanas como Santiago Tangamandapio producen ropa en alguna de las múltiples especialidades posibles (Arias, 1992; Vangstrup, 1995; Wilson, 1990). En la región central del país se encuentran las poblaciones pioneras y ejemplares del modelo: Santa Ana Chiautempan en Tlaxcala y Chiconcuac en el estado de México.

La década de 1980 fue sin duda el período clave del desarrollo especializado, el que transformó localidades de índole tradicionalmente agropecuaria en ciudades manufactureras complejas y dinámicas. Dos ejemplos, que tienen varios elementos en común, han sido de los más espectaculares: San Mateo Atenco y Zapotlanejo.

San Mateo Atenco es un municipio del estado de México que forma parte de la Zona Metropolitana del Valle de Toluca pero que se encuentra, al mismo tiempo, cerca del Distrito Federal. Esta cercanía con dos ámbitos claves del dinamismo del México central ha tenido mucho que ver en el espectacular desarrollo de su especialización productiva: la fabricación de calzado. En 1990, la población del municipio de San Mateo Atenco era de 41,926 habitantes, la mayoría de los cuales (86.4%) se concentraba en la cabecera municipal: 33,719 pobladores. A principios de la década de 1990, en esa población existían 740 empresas, de las cuales la mayoría (91%), es decir, 675 empresas, eran de fabricación de calzado popular (Gobierno del Estado de México, 1994). De hecho, de las 11,287 personas ocupadas, más de la mitad (57%) trabajaba en el sector secundario: 6,518, y el sector primario era francamente reducido: 526 personas, es decir, el 4.6% de

la población económicamente activa (INEGI, 1991). En el sector terciario se ubicaban 3,974 personas, o sea, el 35%, una proporción alta pero característica de las nuevas poblaciones manufactureras donde se combinan la producción y la comercialización de artículos especializados. En San Mateo parecería haberse dado una reducción dramática del empleo agropecuario, mayor quizá que en otras regiones manufactureras. El éxito económico de San Mateo Atenco ha ido de la mano con el conflicto político. La intensa lucha de facciones al interior de grupos priístas dio paso, en los años noventa, a una conflictiva alternancia de poder con el PAN (Arenas Aréchiga et.al., 1995).

Zapotlanejo, por su parte, se localiza también en una confluencia de caminos clave: a 25 Kms. de Guadalajara en el cruce de las carreteras que llevan a la región de los Altos de Jalisco, al Bajío de Guanajuato y hacia la capital del país. En 1990 reunía a 39,902 almas de las cuales poco menos de la mitad (44%) vivía en la cabecera municipal: 17,853. La población económicamente activa sumaba 11,354 personas, de las cuales 3,499 se ubicaban en el sector primario, 3,799 en el secundario y 3,260 en el terciario, es decir, el 31%, 33.4% y 29% respectivamente (INEGI, 1991). En Zapotlanejo, la manufactura no parece haber desplazado aún al quehacer agropecuario, pero ha impactado al sector comercial que ha crecido de manera acelerada: la venta de ropa se ha convertido en la principal ocupación masculina. A principios de la década de 1990 existían en Zapotlanejo alrededor de 250 empresas que producían ropa de mujer de mediana calidad. El mercado de trabajo, sobre todo para la mujer, se extendía a varias localidades rurales del municipio y hacia poblaciones de los municipios colindantes desde donde las muchachas iban a trabajar a Zapotlanejo o recibían trabajo a domicilio. Quizá sin tantas tensiones como en San Mateo Atenco, en Zapotlanejo se ha dado asimismo un cambio político importante en favor de partidos de oposición, en este caso, también del PAN.

IV

Las relaciones espaciales hoy

Los procesos de cambio económico y demográfico han impactado las relaciones espaciales, tanto en lo que se refiere a las áreas metropolitanas como en las ciudades especializadas.

En la década de 1980, esa primera franja de crecimiento metropolitano que había surgido en torno a la ciudad de México fue desbordada. De hecho, los municipios de Atizapán, Ecatepec, Naucalpan, Texcoco y Tlalnepantla registraron crecimientos bastante modestos: -4.64%, 0.76%, -1.04%. En verdad, el área de mayor crecimiento demográfico se desplazó más al oriente de la capital, es decir, hacia lo que se conoce como el Valle de Chalco: los municipios de Chimalhuacán, Chalco, Ixtapaluca y La Paz registraron crecimientos notables: 15%, 14.04%, 5.98% y 3.16%. Crecimiento que Edel Cadena (1995) atribuye al agotamiento de la capacidad de absorción demográfica de Ciudad Netzahualcóyotl (-0.67% en 1980-1990 y -0.32% en 1990-1995) y Cuautitlán (4.93% en 1980-1990 y 2.88% en 1990-1995). En los años siguientes, esos municipios han mantenido elevadas tasas de crecimiento. En apenas cinco años, en el lustro 1990-1995, según los resultados definitivos del reciente conteo de población, Chimalhuacán ha tenido una tasa de crecimiento de 9.85%, Ixtapaluca 5.68% y La Paz 5.10%. Un caso extraño es el de Chalco que, de acuerdo a la misma fuente, tuvo un decrecimiento de -8.11%.

Otra área de importante crecimiento fue la del norponiente de la capital, o sea, los municipios de Tultitlán (6.21%), Huixquilucan (5.50%) y Coacalco (4.67%), que puede ser visto como una expansión más allá de los rumbos de Tlalnepantla, Atizapán y Naucalpan. Hay que decir que municipios como Huixquilucan, Naucalpan y Atizapán se aproximan también al área de influencia de la Zona Metropolitana de Toluca, otro espacio de importante dinamismo regional. No se conoce con certeza si el crecimiento de esta nueva franja de localidades responde a procesos de emigración de ambas Zonas Metropolitanas o a fenómenos de inmigración de poblaciones más alejadas que bus-

can acercarse a la gran ciudad. Por lo pronto, no cabe duda que las necesidades y las redes sociales y económicas que han surgido de esa franja de poblaciones en acelerado crecimiento han generado situaciones sociales y demandas urbanas nuevas.

Pero no sólo eso. Desde hace tiempo Boris Graizbord (1992) ha llamado la atención acerca de la necesidad de tomar en cuenta un fenómeno que ha sido detectado en distintas investigaciones realizadas en el estado de México: hoy por hoy, los mexiquenses de localidades incluso más alejadas de las dos franjas mencionadas prefieren vivir en sus pueblos, mantener alguna actividad agropecuaria y viajar cada día, o cuando haya empleo, a trabajar al Distrito Federal, Texcoco o Toluca. Un ejemplo. Desde poblados de Malinalco, un municipio localizado al sur del estado, se ha desencadenado un flujo migratorio que, aunque sometido a los avatares siempre cambiantes de los mercados de trabajo, llega hasta la ciudad de México (Szasz, 1993). Lo peculiar del asunto es que este flujo migratorio hacia la ciudad está relacionado con los ciclos y quehaceres agrícolas: las familias de la región buscan, de manera consciente, conservar y continuar con la producción familiar de productos agrícolas básicos (Ib.).

En el otro extremo de ese mismo estado, Gerardo Aldana ha documentado una situación similar. Los habitantes de San Pedro Ixayoc, pueblo serrano del oeste de Texcoco, participan de los mercados urbanos de trabajo en el Distrito Federal y la ciudad de Texcoco sin dejar de ser campesinos que han luchado incluso por la apertura de nuevas tierras a la producción agrícola (Aldana Martínez, 1994).

Así, parecería que alrededor de la ciudad de México se ha reforzado de manera paradójica un espacio campesino, de uso agrícola de los ámbitos locales que convive con desplazamientos laborales —masculinos y femeninos— por la amplia región, situaciones que hablan de necesidades rurales y urbanas hasta ahora poco conocidas. Esta tendencia a la permanencia en las comunidades de origen y la persistencia del quehacer agropecuario tiene que ver, quizá, con la eventualidad y precariedad del mercado de trabajo urbano en los últimos años, frente al cual no resulta costeable ni deseable el desarraigo rural, el abandono del terruño. En el caso de Jalisco, como se ha visto, el mu-



nicipio de Guadalajara ha dejado de crecer. El crecimiento se ha dejado sentir con intensidad en los municipios inmediatos, en la Zona Metropolitana de Guadalajara: en el período 1980-1990, Tonalá creció a una tasa de 12.75%, Tlaquepaque 6.88%, Zapopan 6.38%, un poco más lejos Tlajomulco 4.79%. Esta tendencia se ha acentuado en los últimos años. En apenas cinco años, Tonalá ha registrado una tasa de crecimiento de 8.83%, Tlaquepaque 5.08%, Tlajomulco 7.10%, Zapopan 4.79. Zapotlanejo, otro municipio inmediato a Guadalajara, ha comenzado a experimentar un rápido crecimiento: de apenas 1.18% en 1980-1990 a 4.79% en 1990-1995. En la lógica de crecimiento de esas poblaciones parecen coexistir procesos de desconcentración residencial de la urbe tapatía con el desarrollo de dinámicas endógenas en las propias localidades. Endógenas pero distintas. La Zona Metropolitana de Guadalajara es un excelente ejemplo de la contigüidad espacial y la diferencia funcional: la especialización en la producción de artesanías, aunque distintas, en los casos de Tlaquepaque y Tonalá, en la manufactura de prendas de vestir en Zapotlanejo, en la confección de dulces en Tlajomulco.

El cambio y crecimiento de nuevas y alejadas áreas en torno a las metrópolis anuncia la emergencia de procesos que afectan la organización y la dinámica espacial, tanto de la gran ciudad como de los espacios urbanos y rurales, situación que desplaza espacialmente, pero complica como nunca antes las necesidades y demandas de toda índole. La tendencia a la desocupación de espacios residenciales y al vaciamiento de actividades económicas en el corazón de las grandes metrópolis, que son las mejor dotadas de servicios básicos, se combina con procesos de densificación residencial y de complejidad económica en espacios periféricos, en municipios que se encuentran fuera y lejos de la jurisdicción de la gran ciudad pero en relación cotidiana con ella. O, dicho de otro modo, los municipios de las grandes ciudades, que son los que tienen poder y centralizan recursos, conviven con municipios que experimentan dinámicas de cambio económico y crecimientos demográficos espectaculares pero cuya estructura y recursos económicos y administrativos siguen siendo los de una comunidad rural alejada y pobre.

Por si fuera poco, las imágenes acerca de la vida y la complejidad social fuera de las metrópolis siguen siendo muy convencionales desde el punto de vista del poder político. La inexistencia hasta de límites precisos entre municipios y estados impide tomar decisiones que cada día se hacen más imprescindibles (Reforma, 28 de octubre de 1995). Así las cosas, el surgimiento de nuevas articulaciones, de algún modo, de nuevas regiones metropolitanas, se topa con carencias graves de “arquitectura política y administrativa, originadas en bajos estadios de descentralización político-territorial” (Boisier, 1994).

No sólo eso. Como sabemos, en los últimos años y al calor de las prioridades del actual modelo de desarrollo, han cobrado vigencia los asuntos ambientales de toda índole: el problema de la basura, el deterioro de la calidad y el servicio de agua, la presencia de industrias altamente contaminantes, entre muchos otros. Las metrópolis, que reúnen grandes deficiencias en ese sentido, no resisten la tentación de desplazar espacialmente sus problemas: llevar los sistemas de tratamiento de basuras a otras localidades, tener acceso a más y mejor agua de otros lugares, motivar a las empresas contaminantes a que se trasladen a otras poblaciones. En la práctica se trata de llevar los problemas a otros municipios, es decir, de desplazarlos espacial y jurisdiccionalmente.

El problema es asunto de poder, de desigualdad. La mayor parte de los municipios carece del poder y los recursos normativos e institucionales para oponerse a las exigencias de los municipios y gobiernos metropolitanos. Más aún cuando la oferta viene acompañada de algún beneficio económico en lo inmediato. La carencia endémica de recursos en la mayor parte de los municipios los hace presa fácil de ese tipo de ofertas y, en general, han vuelto letra muerta las atribuciones municipales. La protesta pública, en muchos casos espontánea, ha sido, por ahora, el principal mecanismo para enfrentar ese tipo de injerencia de las metrópolis en los ámbitos municipales.

A pesar de las modificaciones al artículo 115 constitucional y a las constituciones de algunos estados, como Jalisco, la verdad es que los gobiernos locales, estatales y municipales siguen enfrentados a dos tendencias contradictorias señaladas desde hace más de una década:



el “aumento en la complejidad de los problemas... y la disminución más que proporcional de la capacidad para enfrentarlos” (Moreno Toscano, 1985: 47).

No sólo en las áreas metropolitanas han surgido novedades en lo que se refiere al ordenamiento espacial. El modelo de ciudad especializada también conlleva modificaciones en las relaciones socio-espaciales que anuncian el surgimiento de nuevas regiones o, si se quiere, de incipientes sistemas regionales sobre bases distintas a las tradicionales. Por una parte, la ciudad especializada suele incluir en su dinámica a poblaciones que están fuera de su ámbito municipal, con lo cual se puede decir que asistimos al surgimiento de microrregiones económicas que no coinciden, ni se limitan, a las jurisdicciones municipales convencionales. Pero no sólo eso. Las ciudades especializadas tienden a establecer vínculos cada vez más estrechos e intensos no tanto con los municipios contiguos en el espacio, sino sobre todo con las demás poblaciones especializadas en actividades y giros similares a los suyos.

Así, los contactos económicos, financieros y técnicos de la gente de Zapotlanejo son más fuertes y frecuentes con los de Moroleón, la importantísima ciudad productora de ropa del sur de Guanajuato, que con los municipios jaliscienses de su alrededor que se dedican a otras actividades. Cada vez más las ciudades manufactureras incluyen establecimientos comerciales y de servicio de poblaciones similares; los empresarios de cada lugar asisten y participan en eventos de sus colegas en otras regiones. De este modo, es posible encontrar tiendas de Moroleón en Chiconcuac o comercios de Villa Hidalgo en Zapotlanejo; intercambio de tecnología entre San José Iturbide y Santa Ana Chiautempan; la participación en sistemas de financiamiento de empresarios de León y San Francisco del Rincón.

La existencia de poblaciones especializadas no es un fenómeno nuevo. Lo novedoso es la posibilidad actual de esas poblaciones de estar en comunicación, de interactuar de manera permanente entre ellas mismas, es decir, de relacionarse sin estar mediadas por las grandes ciudades, por las agencias gubernamentales ni por estructuras organizativas convencionales como las cámaras, los consejos

empresariales. El papel tradicional de las carreteras como vinculadoras de actividades y regiones ha sido complementado con las nuevas tecnologías de comunicación: la computadora, el fax, los contactos vía internet han abierto puertas inesperadas a la pequeña empresa que las han sabido incorporar y aprovechar de manera tan original como acelerada.

De este modo, el desarrollo urbano especializado ha dado lugar al surgimiento espontáneo de regiones que Sergio Boisier (1994) ha llamado “virtuales”, es decir, conformadas por acuerdos tácitos sin que medie contigüidad entre ellas (Boisier, 1994). Es decir, regiones donde el principio de la cercanía o colindancia física ha sido reemplazado por criterios de actividad común, interacción y voluntad, es decir, por la intensidad de las relaciones y los intercambios económicos y la voluntad de continuar la relación.

Este proceso de construcción regional surgido en la práctica, desde abajo, a partir de la dinámica misma de la especialización urbano-regional, cuenta con escaso reconocimiento normativo, institucional y, sin embargo, hoy por hoy, es una manera privilegiada de vinculación económica entre ciudades y regiones y podría ser un instrumento original para plantear demandas y buscar soluciones desde las regiones y los grupos sociales y económicos. Sin duda. Los empresarios de Villa Hidalgo en Jalisco tienen más motivos para reunirse y llegar a acuerdos con sus colegas productores de ropa en ciudades como Chiconcuac o Santiago Tangamandapio en los estados de México y Michoacán que con los fabricantes de otros giros en las grandes ciudades.

Si bien varias de las ciudades medias y pequeñas de la región occidental del país han podido integrarse al nuevo modelo de desarrollo económico, hay otro ámbito en las que se encuentran totalmente desprovistas de recursos y, más aún, de poder y autonomía para enfrentar los nuevos tiempos. La capacidad de integración económica contrasta con la dificultad de sus estructuras institucionales y dinámica políticas para enfrentar las necesidades efectivas y cotidianas de las poblaciones locales. La reconversión vivida en el ámbito de la economía no tiene, hasta ahora, correlación con lo que sucede en la



vida política, en la toma de decisiones. La descentralización con recursos es la única manera, dice Boisier (1994), de contar con “autonomía para decidir, velocidad para actuar y recursos para la ejecución”.

Con todo, hay que decir que hay señales en otro sentido. El crecimiento de la oposición, del color y tendencia que sea, en las ciudades medias y pequeñas de los estados de Guanajuato, Jalisco y Michoacán, tiene que ver sin duda con la reconversión de esas economías, para las cuales el sistema político tradicional impedía la realización de obras y proyectos que correspondían, en verdad urgían, a la dinámica de sus desarrollos especializados. Poco a poco, la reconversión económica busca los cauces de su reconversión política. En este proceso cobra cada vez mayor importancia el reconocimiento de los actores sociales de su magnífica y persistente diversidad como un modelo posible de desarrollo regional.

V

Nota final

La situación actual de un conjunto de ciudades medias y pequeñas y del mundo rural pone en entredicho no sólo la visión, sino todo el enorme esfuerzo homogeneizador del espacio por parte del estado. Como vemos hoy en día, la heterogeneidad y nuevas diversidades han comenzado a imponerse en los paisajes urbano y regional. Heterogeneidad y diversidad que, por lo pronto, han dado lugar a dos formas paradójicas de relación socioespacial: por una parte, comunidades contiguas, como las que rodean a las Zonas Metropolitanas, pero distintas, es decir, que funcionalmente poco tienen que ver entre sí. Por otra parte, las comunidades distantes pero funcionalmente similares, como las localidades especializadas. Como quiera, unas y otras parecen reivindicar la posibilidad de vivir, trabajar, combinar quehaceres pero, a fin de cuentas, poder permanecer en poblaciones menores del país, algo casi impensable en el modelo de desarrollo anterior.

Cuadro 1
Municipios del estado de México
Tasas de crecimiento * 1980-1990;1990-1995

Municipios	r* (1980-1990)	r* (1990-1995)
Atizapán de Zaragoza	4.64	5.54
Coacalco	4.67	5.40
Cuautitlán	4.93	2.89
Cuautitlán Izcalli	6.68	4.44
Chalco	14.04	-8.11
Chimalhuacán	15.00	9.85
Ecatepec	4.61	3.22
Huixquilucan	5.50	4.40
Ixtapaluca	5.98	5.68
La Paz	3.16	5.10
Naucalpan	0.76	1.16
Netzahualcóyotl	-0.66	-0.32
San Mateo Atenco	2.25	4.61
Texcoco	2.93	3.78
Tlalnepantla	-1.04	0.26
Tultitlán	6.20	7.01

Fuente: X Censo General de Población y Vivienda. INEGI. Aguascalientes, 1980. XI Censo General de Población y Vivienda. INEGI. Aguascalientes, 1990. Censo de Población y Vivienda 95. INEGI. Aguascalientes, 1995.

Elaboró: Emma Peña López.

Cuadro 2
Municipios del estado de Jalisco
Tasas de crecimiento * 1980-1990;1990-1995

Municipios	r* (1980-1990)	r* (1990-1995)
Guadalajara	0.15	-0.18
El Salto	6.93	11.30
Tlajomulco	3.12	7.10
Tlaquepaque	6.88	5.08
Tonalá	12.75	8.83
Zapopan	6.38	4.74
Zapotlanejo	1.18	4.79

Fuente: X Censo General de Población y Vivienda. INEGI. Aguascalientes, 1980. XI Censo General de Población y Vivienda. INEGI. Aguascalientes, 1990. Censo de Población y Vivienda 95. INEGI. Aguascalientes, 1995.

Elaboró: Emma Peña López.





Bibliografía

Alba, Francisco. *La población de México: evolución y dilemas*. México, El Colegio de México. 1979.

Aldana Martínez, Gerardo. *San Pablo Ixayoc: un caso de proletarización incompleta*. México, Universidad Iberoamericana, Colección Tepletaostoc. 1994.

Alonso, José Antonio. "Las trabajadoras a domicilio de la maquila del vestido en la metrópoli mexicana y sus relaciones con el capitalismo dependiente", en Varios autores *Estudios sobre la mujer*. Vol.III. México, Secretaría de Programación y Presupuesto. 1982. pp.459-469.

Arenas Sarichiga, Ernesto, Fernando Bahena Álvarez y Antonio Sánchez Acosta. "Geografía electoral en el estado de México", en: Varios Autores *Cuestión Regional. Estudios y reflexiones*. Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México y Universidad del Cauca. 1995. pp.95-119.

Arias, Patricia. *Nueva rusticidad mexicana*. México, Conaculta. 1992.

Arizpe, Lourdes. *Migración, etnicismo y cambio económico*. México, El Colegio de México. 1978.

Arroyo, Jesús, William W. Winnie y Luis Arturo Velázquez. *Migración a centros urbanos*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara, Centro de Investigaciones Sociales y Económicas de la Facultad de Economía. 1986.

Barajas Escamilla, María del Rocío y Noé Aarón Fuentes Flores. "Competitividad y especialización industrial en la frontera norte", en *Ciudades*, año 6, No. 21. México, Red Nacional de Investigación Urbana. 1994. pp.32-39.

Benera, Lourdes y Matha Roldán. *Las encrucijadas de clase y género*. México, FCE-PIEM. 1987.

Boisier, Sergio. "Crisis y alternativas en los procesos de regionalización", en *Revista de la Cepal*, No. 152. abril de 1994.

Cabrales Barajas, Felipe. "Mercantilización de suelo urbano y segregación espacial en ciudades medias", en *Boletín de la Facultad de Geografía*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara. 1992. pp.7-18.

Cadena Vargas, Edel. "Desigualdad regional y administración pública en el estado de México", en Varios Autores *Cuestión Regional. Estudios y reflexiones*. Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México y Universidad del Cauca. 1995. pp.39-56.

Bibliografía

García, Brígida y Orlandina de Oliveira. "El trabajo femenino en México a fines de los ochenta", en Elia Ramírez Bautista e Hilda R. Dávila Ibayez (Comps.) *Trabajo femenino y crisis en México*. México, UAM-X. 1990. pp.53-77.

Garza, Gustavo. *El proceso de industrialización en la ciudad de México. 1821-1970*. México, El Colegio de México. 1985.

Garza, Gustavo. "Metropolización en México", en Ciudades, NE6. México, Red Nacional de Investigación Urbana. 1990. pp. 3-13.

Gobierno del Estado de México. Secretaría de Desarrollo Económico. *Directorio de empresas manufactureras del estado de México*. Tomo II. Municipio San Mateo Atenco. Toluca, Dirección General de Industria, Minas y Artesanías. 1994. pp.893-946.

Graizbord, Boris. "Sistema urbano, demografía y planeación", en Ciudades NE12. México, Red Nacional de Investigación Urbana. 1992. pp.40-47.

INEGI estado de México. *Resultados definitivos. XI Censo General de Población y Vivienda*. Aguascalientes, INEGI. 1991.

INEGI Jalisco. *Resultados definitivos. XI Censo General de Población y Vivienda*. Aguascalientes, INEGI. 1991.

INEGI *Conteo de Población y Vivienda, 1995. Resultados definitivos*. Aguascalientes, INEGI. 1996.

Moreno Toscano, Alejandra. "Convenios intermunicipales", en *Estudios Municipales*, No.12. México, Revista Bimestral del Centro Nacional de Estudios Municipales. 1985. pp.47-50.

Ramírez Velázquez, Blanca Rebeca. "Modernización y reestructuración territorial", en *Ciudades*, año 4, No.13. México, Red Nacional de Investigación Urbana. 1992. pp.3-9.

Rendón Gan, Teresa. "Trabajo femenino remunerado en el siglo veinte. Cambios, tendencias y perspectivas", en Elia Ramírez Bautista e Hilda R. Dávila Ibayez (Comps.) *Trabajo femenino y crisis en México*. México, UAM-X. 1990. pp.29-51.

Sandoval Forero, Eduardo Andrés. "Contrastes regionales en el estado de México: los retos actuales", en Varios Autores *Cuestión Regional. Estudios y reflexiones*. Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México y Universidad del Cauca. 1995. pp.11-37.

Szasz Pianta, Ivonne. *Migración temporal en Malinalco*. México, El Colegio de México, El Colegio Mexiquense. 1993.

Vangstrup, Ulrik. "Moroleón: la pequeña ciudad de la gran industria" en *Espiral*, No. 4. Guadalajara, Universidad de Guadalajara. Septiembre-diciembre de 1995. pp.101-134.



Bibliografía

Vázquez, Daniel. *Guadalajara: ensayos de interpretación*. Guadalajara, El Colegio de Jalisco. 1989.

Wario, Esteban. "Servicios urbanos y gestión metropolitana en Guadalajara", en Martha Schteingart y Luciano d'Andrea (Comps.) *Servicios urbanos, gestión local y medio ambiente*. México, El Colegio de México, CE.R.FE. 1991. pp. 389-398.

Wilson, Fiona. *De la casa al taller*. Zamora, El Colegio de Michoacán. 1990.

Zaragoza Vargas, Fernando. "El desarrollo de la avicultura en torno a Tepatitlán de Morelos", en *Carta Económica Regional*, No. 19. Guadalajara, Universidad de Guadalajara, INESER. 1991. pp.30-35.